

**LUIS HERRERA CAMPÍNS: LA PALABRA COMO PATRIA,
EL VERBO COMO DESTINO.**

Por Mariela del Valle Cova Morales

Luis Herrera Campíns (1925-2007), no fue solamente el presidente de Venezuela entre 1979 y 1984. Fue, ante todo, un hombre de palabra. No en el sentido superficial del término, sino en su acepción más honda: la palabra como acto fundacional, como herramienta de construcción democrática, como puente entre la historia y el porvenir. Su vida pública, en la urdimbre profunda entre la pluma periodística y la elocuencia parlamentaria, revela a un venezolano que entendió que el lenguaje no es solo medio, sino mensaje; no solo forma, sino fondo; no solo discurso, sino destino.

Oriundo del estado Portuguesa, Herrera Campíns se destacó desde joven por su talento para el razonamiento profundo y su sensibilidad hacia la expresión escrita, lo que lo llevó a incursionar en el periodismo como herramienta de crítica social y política. Su pluma, siempre certera y comprometida, fue vehículo de ideas renovadoras y de defensa de los valores republicanos, en tiempos en que la libertad de expresión enfrentaba serios desafíos.

Desde sus primeros pasos públicos como escritor y pensador político en el semanario *La Columna*, fundado en su natal Acarigua, Luis Herrera Campíns reveló una vocación periodística que trascendía la mera denuncia. Para él, el periodismo no era solo un instrumento de crítica, sino una forma de sembrar conciencia, cultivar ciudadanía y narrar el alma profunda de Venezuela. En sus escritos, la palabra se convertía en acto de amor por la patria, en ejercicio de pedagogía cívica, en poesía política que buscaba reconciliar al país consigo mismo. *La Columna* no solo fue su plataforma de expresión juvenil, sino también el espacio donde empezó a moldear su visión del país.

Su estilo, preciso y contundente, no se regodeaba en la confrontación fácil ni en la retórica vacía. Era un lenguaje que apelaba a la razón sin abandonar la emoción, que denunciaba sin deshumanizar, que guiaba sin dogmatismo ni arrogancia. Luis Herrera Campíns escribía con la misma claridad con la que pensaba y con la misma humanidad con la que hablaba. Su estilo, ágil en la forma y profundo en el fondo, conjugaba inteligencia crítica con una calidez que lo hacía cercano incluso en la discrepancia. En sus textos, el humor no era ornamento, sino herramienta: una forma de desarmar tensiones, de decir verdades incómodas sin herir, de ejercer la política con elegancia y afecto. Su pluma no solo denunciaba, sino que proponía; no solo analizaba, sino que

convocaba. Era el reflejo de una mente lúcida y de un corazón comprometido con la democracia.

Para Herrera Campíns, el periodismo, más allá de su función informativa, actúa como un dispositivo de configuración simbólica: moldea imaginarios, valores y horizontes culturales. Como señala Castoriadis (1987), el imaginario social constituye “el conjunto de significaciones que instituyen una sociedad”, es decir, las ideas, valores y símbolos que le dan sentido y cohesión; en ese marco, el periodista no solo informa, sino que actúa como agente instituyente al participar activamente en la construcción del sentido colectivo mediante el lenguaje, lo que le otorga un poder simbólico capaz de moldear la percepción pública y reforzar o transformar el imaginario vigente; Luis Herrera Campíns comprendió esta dimensión del discurso y la utilizó estratégicamente para articular una propuesta política basada en el humanismo cristiano, la justicia social y la afirmación de la identidad nacional, convirtiendo su narrativa en una herramienta instituyente que buscaba reconfigurar el horizonte simbólico de Venezuela y fortalecer los valores que sustentaban su proyecto político.

En cada uno de sus artículos vibraba una preocupación constante por los pilares de la vida republicana: la justicia social, la institucionalidad democrática, la cultura como raíz y horizonte, la identidad como referente moral. No escribía para agradar, sino para despertar conciencia. Escribía como quien conversa con la historia, como quien le musita al futuro desde el presente. Su palabra tenía vocación de permanencia, de trascendencia. Como él mismo afirmaba en una de sus columnas: “La política no puede ser solo administración de intereses; debe ser también cultivo de esperanzas” (La Columna, 1957).

La dimensión literaria de su periodismo no era decorativa, sino esencial. En sus textos, la metáfora convivía con el dato, la ironía con la reflexión, el lirismo con la denuncia. Era un periodista que escribía como si cada palabra pudiera redimir una injusticia, como si cada frase pudiera despertar una conciencia dormida. En ese sentido, su obra se inscribe en la tradición de los grandes tribunos latinoamericanos que entendieron el periodismo como una forma de militancia ética y estética.

Hoy, al sumergirnos nuevamente en los escritos de Luis Herrera Campíns, no encontramos únicamente al político, sino al pensador que permanece vigente, lúcido y necesario. Su palabra, hilada entre la tinta del periodista y la voz del tribuno, no ha perdido fuerza con el paso del tiempo; al contrario, se ha vuelto más luminosa en esta era de ruido, polarización y desinformación.

Su periodismo, lejos de ser una crónica de coyunturas pasajeras, se erige como una arquitectura ética de pensamiento nacional. En sus líneas, como las que publicó en *La Columna*, se percibe una vocación por la verdad que no se doblega ante la conveniencia, y una pasión por la justicia que no se disfraza de ideología. Como él mismo escribió en 1957: “La política no puede ser solo administración de intereses; debe ser también cultivo de esperanzas” (La Columna, marzo de 1957). Esa frase, sencilla y profunda, resume su visión de la palabra como acto creador, como herramienta de reconciliación entre el poder y el pueblo.

Luis Herrera entendía que escribir era resistir. Resistir al olvido, al cinismo, a la banalidad. En sus textos, la palabra no era un adorno ni una estrategia: era una forma de amar a Venezuela. Como señala Ramón Guillermo Aveledo en la introducción a *Luis Herrera Campíns, vida parlamentaria* (UCAB, 2025): “Herrera pensaba con profundidad, escribía con agilidad y hablaba con el corazón. Su verbo no era solo político, era profundamente humano”.

En tiempos donde la desinformación se disfraza de certeza y el grito sustituye al argumento, su legado nos recuerda que el lenguaje puede ser un acto de resistencia, una forma de esperanza, una herramienta de construcción nacional. Nos enseña que el periodismo, cuando se ejerce con amor por la verdad y respeto por la inteligencia del lector, puede convertirse en una forma de ciudadanía activa.

Luis Ugalde, S.J., exrector de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) y miembro de la Academia Nacional de la Historia, lo definió con precisión: “Fue voz elocuente del naciente socialcristianismo durante los veinte años de la refundación democrática venezolana”. Esa elocuencia no era solo retórica: era convicción, era afecto, era coraje. Convicción, porque cada palabra que pronunciaba Luis Herrera Campíns nacía de una certeza íntima, de una fe profunda en los valores democráticos, en la dignidad humana, en la posibilidad de una Venezuela más justa. No hablaba para agradar, ni en busca de reconocimientos efímeros: hablaba porque creía, porque sentía, porque sabía que el verbo podía ser herramienta de redención nacional.

Era afecto, porque en medio de la confrontación política, su lenguaje nunca perdió la delicadeza del afecto, la suavidad del respeto, la calidez de quien entiende que el adversario no es enemigo, sino interlocutor. Su humor, siempre inteligente, era una forma de calidez política: desarmaba sin herir, corregía sin humillar, enseñaba sin pontificar.

Y era coraje, porque en tiempos de turbulencia, cuando el país se debatía entre pasiones encontradas, él eligió la palabra como escudo y como espada. No se refugió en el silencio cómodo

ni en la neutralidad tibia. Su verbo fue valiente, frontal, pero siempre ético. En sus discursos parlamentarios, como los recogidos en *Luis Herrera Campíns, vida parlamentaria* (UCAB, 2025), se percibe una valentía serena, una firmeza que no necesitaba gritos para imponerse, una fuerza que nacía de la coherencia entre lo que decía y lo que hacía.

Esa elocuencia, construida con convicción, ternura y coraje, no era un estilo: era una forma de vida. Era el reflejo de un hombre que entendía que la política no es solo gestión, sino también armonía, ética y esperanza. Y por eso, su palabra sigue viva. Porque fue dicha con amor por la verdad, con pasión por la justicia, y con un cariño que aún nos abraza.

Luis Herrera Campíns manifestó una profunda vocación por el periodismo, no como simple oficio, sino como una herramienta de transformación social y de afirmación ética. Su vínculo con las letras se consolidó tempranamente a través de su colaboración con *El Debate*, órgano doctrinario del partido socialcristiano COPEI, donde encontró no solo un espacio para la expresión de sus ideas, sino un escenario privilegiado para formar conciencia ciudadana en tiempos convulsos.

En las páginas de *El Debate*, Herrera Campíns no se limitaba a reproducir los postulados de la democracia cristiana; los vivía, los interpretaba y los proyectaba con una pasión que trascendía lo meramente doctrinario. Su escritura, cargada de convicción y sensibilidad, se convertía en un llamado urgente a la reflexión, a la participación, a la defensa de los valores republicanos. Cada artículo suyo era una invitación a pensar el país desde la dignidad, la justicia y la solidaridad.

En una Venezuela marcada por la fragilidad institucional, la polarización ideológica y el desencanto ciudadano, Herrera asumía el periodismo como una misión pedagógica. Su pluma no solo denunciaba, también enseñaba; no solo criticaba, también proponía. Era un constructor de ciudadanía, un sembrador de esperanza, un artesano de la palabra comprometida. Su estilo, firme pero sereno, buscaba despertar en el lector una conciencia crítica, capaz de resistir el autoritarismo y de abrazar la democracia como proyecto colectivo.

La pasión con la que Herrera Campíns escribía no era retórica: era el reflejo de un amor profundo por Venezuela, por su gente, por su historia. En cada línea, se percibía el latido de un hombre que creía en el poder de las ideas para cambiar el mundo, que veía en el periodismo no solo una tribuna, sino un acto de fe en la capacidad del ser humano para construir un destino común. Por lo que su escritura era un acto de amor por la palabra y por la patria. Lejos de caer en el panfleto fácil o en la consigna vacía, su estilo se elevaba con una elegancia combativa, donde la ironía no

era burla, sino bistrú que diseccionaba la realidad con precisión y coraje. Sus textos respiraban una intertextualidad bíblica que no solo evocaba lo sagrado, sino que confería a sus ideas una dimensión espiritual, casi profética, que hablaba al alma de una nación herida pero esperanzada. Su erudición histórica no era adorno: era raíz, era sustento, era referente. Con ella urdía una narrativa política que no apelaba al ruido, sino a la razón iluminada por la fe y al poder transformador de la memoria colectiva. Cada palabra suya era una chispa encendida en el corazón de Venezuela, una invitación a pensar con profundidad, a sentir con dignidad, a actuar con conciencia. Como bien apunta Álvarez (2009), “la palabra escrita fue para Herrera una forma de militancia, una pedagogía del poder sin poder” (p. 27), revelando así el carácter simbólico y transformador de su ejercicio intelectual.

Desde el enfoque teórico propuesto por Castoriadis (1987), el imaginario social se configura a través de un conjunto de significaciones que dan forma a lo político. En este marco, el periodista no se limita a representar la realidad, sino que participa activamente en su resignificación simbólica. Luis Herrera Campins comprendía con claridad el poder instituyente del lenguaje, y lo empleaba como herramienta para construir una visión de país que iba más allá de las circunstancias coyunturales. Su pluma, cargada de pasión patriótica y de fe en el ser humano, invitaba a mirar más allá de las estructuras formales del poder. Nos hablaba de una democracia que se cultiva en el hogar, en la escuela, en la calle, en el diálogo entre iguales. Una democracia que se sostiene en la memoria histórica, en la conciencia crítica y en el amor profundo por la libertad. Para Herrera Campins, vivir democráticamente era vivir con los ojos abiertos, con el corazón dispuesto y con la voluntad firme de construir un país más justo, más humano, más nuestro. Esta dimensión espiritual del quehacer político se reflejaba en expresiones como: “la democracia es una vocación que se cultiva con sacrificio y se defiende con dignidad” (Herrera Campins, 1965, p. 3), donde la política se revela como una práctica profundamente moral, orientada al servicio y al compromiso ético con la nación.

La práctica periodística de Luis Herrera Campins fue mucho más que un ejercicio intelectual o una herramienta de comunicación política: fue una expresión profunda de amor por Venezuela y de fe en su destino. Desde sus primeros escritos, se percibe una sensibilidad vibrante hacia la dimensión histórica de lo político, una intuición casi poética que lo llevaba a mirar el pasado no como una sucesión fría de fechas y hechos, sino como la urdimbre viva de símbolos que entretejen el alma de la nación, luchas y esperanzas que aún palpitaban en el presente.

Para Herrera Campins, la historia nacional era alma y raíz. En sus textos, no se limitaba a narrar acontecimientos: los interpretaba, los conectaba con el sentir popular, los convertía en lecciones morales y en llamados urgentes a la conciencia ciudadana. Cada episodio del pasado era un impulso que podía encender el fuego del compromiso, una fuente de legitimidad espiritual que daba sentido a la acción política. Su escritura, impregnada de erudición y de calidez patriótica, rescataba héroes olvidados, gestas silenciadas, valores que el tiempo no debía sepultar. Lo hacía con pasión, con reverencia, con la convicción de que un pueblo sin memoria es un pueblo sin rumbo.

En las columnas de Luis Herrera Campins, la historia no se trataba de un ejercicio académico reservado a especialistas ni de una fría enumeración de fechas y acontecimientos. Era, más bien, una herramienta ardiente de combate ético, una llama que iluminaba el presente con la fuerza del pasado. Para él, la historia era el alma de la nación, el espejo donde Venezuela debía mirarse con honestidad, reconocerse en sus aciertos y errores, corregirse con humildad y levantarse con dignidad. No escribía para archivar memorias, sino para despertar conciencias, para convocar al pueblo a reencontrarse con sus raíces y asumir su responsabilidad en la construcción del porvenir. Cada palabra suya parecía pronunciada en diálogo íntimo con los próceres. En sus textos, Bolívar no era una estatua muda, sino una voz viva que interpelaba al ciudadano moderno; Miranda no era un nombre lejano, sino un sueño inconcluso que aún exigía realización; Sucre no era un mártir del pasado, sino un guía silencioso que señalaba el camino de la justicia. Herrera Campins escribía como quien escucha el eco de las plazas libertarias, como quien siente el temblor de la historia en la piel, como quien cree que los ideales no mueren, sino que se transforman en deberes cotidianos.

Su pluma era más que instrumento: era puente entre generaciones, entre utopías y realidades, entre la nostalgia que honra y la esperanza que impulsa. Con ella, tejía un relato nacional donde la memoria no era peso, sino impulso; donde el pasado no era cárcel, sino horizonte. Su escritura era un acto de amor por Venezuela, una defensa apasionada de su dignidad, una invitación constante a vivir la política con profundidad histórica y con sentido humano. En cada línea, vibraba la convicción de que solo quien conoce su historia puede construir su libertad.

Así, su periodismo se convirtió en un acto de amor por la patria, en una defensa apasionada de su dignidad, en una invitación constante a vivir la política con profundidad. Con frecuencia evocaba figuras emblemáticas como Simón Bolívar, Andrés Bello, José María Vargas y Cecilio Acosta, a quienes reinterpretaba desde una perspectiva cristiana y republicana, dotándolas de

nuevos sentidos éticos y políticos. Esta operación narrativa, en términos de Ricoeur (1995), permite “reconfigurar el tiempo histórico mediante la narración” (p. 89), otorgando al presente una legitimidad heredada que vincula memoria y acción. Para Herrera Campins, la historia funcionaba como un dispositivo discursivo que articulaba una identidad nacional capaz de conjugar tradición y modernidad, espiritualidad y racionalidad, en una síntesis profundamente ética y visionaria.

Uno de los rasgos más singulares de la labor periodística de Herrera Campins fue su habilidad para incorporar referencias religiosas en el discurso político sin incurrir en posturas dogmáticas. En sus escritos, la Biblia, los Padres de la Iglesia y la doctrina social cristiana no funcionaban como mecanismos de imposición doctrinal, sino como fuentes de orientación ética que enriquecían el debate público. Esta estrategia discursiva le permitió articular una narrativa política que conjugaba fe y razón, dando lugar a una síntesis profunda entre espiritualidad y ciudadanía. Tal como señala Briceño (2010), “Herrera Campins logró articular una visión política donde la fe cristiana no excluía la pluralidad democrática, sino que la enriquecía” (p. 53), evidenciando una concepción del compromiso político como vocación moral abierta al diálogo y a la diversidad.

La dimensión estética de la escritura de Herrera Campins constituye un aspecto fundamental de su ejercicio periodístico. Para él, el periodismo no era simplemente una práctica informativa, sino un arte de la palabra, donde el estilo cumplía una función formativa y persuasiva, lejos de ser un simple ornamento. Su prosa, impregnada de metáforas bíblicas, evocaciones históricas y una cadencia retórica cuidadosamente elaborada, aspiraba a conmover al lector, interpelarlo éticamente y educarlo cívicamente. Esta concepción estética del lenguaje se entrelazaba con su visión de la política como una expresión cultural profunda. En su pensamiento, el político debía asumir también el rol de intelectual, pedagogo y narrador de la nación. Esta idea se cristaliza en su célebre afirmación: “La política sin cultura es administración sin alma; gobernar es también narrar” (Herrera Campins, 1970, p. 12), donde gobernar se entiende como un acto simbólico que requiere sensibilidad, memoria y vocación narrativa.

La actividad periodística de Luis Herrera Campins trascendió el plano doctrinario para proyectarse en medios de alcance nacional, donde abordó con lucidez temas fundamentales como la educación, la descentralización, la justicia social y la identidad cultural. En estos espacios, supo adaptar su estilo al lector común sin sacrificar la densidad argumentativa ni su propósito pedagógico. Su habilidad para traducir ideas complejas en un lenguaje claro y accesible,

manteniendo siempre el rigor intelectual, lo consolidó como una figura referencial del pensamiento político venezolano, tanto dentro como fuera de su organización partidista. Como destaca Salazar (2015), “Herrera Campins fue uno de los pocos políticos venezolanos que logró convertir el periodismo en una herramienta de formación ciudadana” (p. 41), reafirmando así su vocación de educador público y constructor de conciencia cívica.

La vigencia del pensamiento periodístico de Herrera Campins se revela en la urgencia de reimaginar el horizonte político venezolano desde pilares éticos, culturales y participativos. En medio de una coyuntura marcada por la fragmentación institucional, la erosión de referentes morales y una profunda crisis de identidad colectiva, su legado ofrece claves esenciales para concebir una política sustentada en la palabra como acto fundante, en la historia como memoria activa y en la ciudadanía como sujeto transformador. Su ejercicio periodístico no fue circunstancial, sino estructural; no obedeció a fines propagandísticos, sino a una vocación pedagógica; no se limitó a la retórica, sino que edificó una arquitectura simbólica capaz de articular nación e imaginario.

A partir de lo expuesto anteriormente, resulta imprescindible destacar que Luis Herrera Campins, dejó una huella igualmente profunda en el ámbito parlamentario, constituyendo esta faceta una pieza clave de su legado político e intelectual. Desde su ingreso al Congreso Nacional en los años cincuenta, desarrolló una praxis legislativa que integró con maestría la erudición histórica, la sensibilidad ética, la vocación pedagógica y una notable capacidad para la articulación simbólica. Su labor como legislador trascendió la mera elaboración normativa: se convirtió en un ejercicio de construcción discursiva, formación ciudadana y mediación cultural entre la tradición republicana y los desafíos de la modernidad.

La entrada de Luis Herrera Campins al Congreso Nacional marcó un hito significativo en su trayectoria política y coincidió con uno de los momentos más trascendentales de la historia contemporánea de Venezuela: la transición democrática que se abrió paso tras la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez en 1958. Aquel año no solo representó el fin de un régimen autoritario, sino el renacer de las esperanzas colectivas en torno a la construcción de una república verdaderamente democrática, plural y participativa.

En ese nuevo escenario político, el Parlamento venezolano adquirió un papel protagónico como espacio de deliberación, confrontación de ideas y búsqueda de consensos. Lejos de ser una simple instancia legislativa, se convirtió en el corazón institucional de una nación que aspiraba a reconciliarse consigo misma, a sanar las heridas del autoritarismo y a cimentar las bases de una

convivencia republicana sólida. Diversas corrientes ideológicas; socialcristianos, socialdemócratas, liberales, izquierdistas; convergían en ese recinto con la convicción de que el diálogo político debía sustituir la imposición, y que la ley debía prevalecer sobre la arbitrariedad.

Fue en ese contexto vibrante y desafiante donde Herrera Campins desplegó su talento parlamentario, su verbo agudo y su visión humanista. Su presencia en el Congreso no fue meramente testimonial: fue activa, reflexiva y profundamente comprometida con los valores democráticos. Desde su curul, defendió con pasión la institucionalidad, promovió el respeto por la diversidad ideológica y abogó por una política centrada en el bienestar colectivo. Su participación contribuyó a consolidar el Parlamento como un espacio de construcción nacional, donde la palabra tenía peso, la historia tenía voz y el futuro comenzaba a escribirse con tinta de libertad. Como representante del partido socialcristiano COPEI, Herrera Campins asumió la tribuna legislativa no solo como un foro político, sino como un instrumento para la construcción de sentido nacional. Su oratoria, profundamente influenciada por su formación periodística, se distinguió por la densidad argumentativa, el compromiso ético y una constante intertextualidad histórica. Tal como lo afirma Álvarez (2009), “el líder socialcristiano transformó el Congreso en una verdadera aula cívica, donde la palabra no solo tenía poder persuasivo, sino también vocación formativa” (p. 45).

Desde sus primeras intervenciones en el Congreso, Luis Herrera Campins evidenció una preocupación sostenida por la ética pública, la justicia social y la descentralización del poder. Su discurso legislativo trascendía la técnica normativa, incorporando con frecuencia referencias bíblicas, citas de pensadores republicanos y evocaciones de figuras emblemáticas de la historia venezolana. Esta estrategia retórica le permitía articular una narrativa política que no se limitaba a la coyuntura, sino que apelaba a la memoria colectiva como sustento de la acción pública. En una de sus alocuciones más significativas, expresó: “La democracia no se decreta, se construye; y su cimiento es la conciencia ética del ciudadano” (Herrera Campins, 1962, p. 18). Esta declaración sintetiza su concepción de la política como un proceso formativo, en el que el legislador no se limita a representar intereses, sino que asume el rol de educador cívico.

La idea del discurso parlamentario como arquitectura simbólica puede abordarse desde la perspectiva de Ricoeur (1995), quien plantea que la narración política tiene la capacidad de reconfigurar el tiempo histórico, otorgando al presente una legitimidad heredada. En este sentido, Herrera Campins convirtió la tribuna legislativa en un espacio de articulación discursiva donde convergían la tradición republicana, la espiritualidad cristiana y los principios de la modernidad

democrática. Su defensa de la descentralización administrativa no obedecía únicamente a razones técnicas, sino que respondía a una ética del poder orientada a la participación ciudadana. Para él, la democracia debía edificarse desde las comunidades, desde la periferia que interpela y se involucra, y no desde el centro que impone y gestiona. Así lo expresó con claridad: “La descentralización no es una estrategia administrativa, es una ética del poder compartido” (Herrera Campins, 1970, p. 22), condensando en esa frase su visión de la política como ejercicio ético y pedagógico.

La labor parlamentaria de Luis Herrera Campins estuvo marcada por una profunda sensibilidad hacia lo cultural, entendida no como ornamento, sino como cimiento de la ciudadanía. Para él, la cultura constituía un espacio privilegiado para la construcción de identidad colectiva y una herramienta esencial para la transformación social. En sus intervenciones legislativas, abogó por la creación de bibliotecas públicas, el fortalecimiento de la educación artística y la promoción de la lectura como políticas estructurales del Estado. Esta concepción cultural de la política se articulaba con su visión del Estado como mediador simbólico, capaz de integrar la diversidad nacional en un proyecto compartido. Tal como lo señala Briceño (2010), Herrera Campins concebía la cultura como “el alma de la política”, y al Congreso como el espacio donde esa alma encontraba su resonancia pública (p. 61).

Otro rasgo distintivo de la labor parlamentaria de Luis Herrera Campins fue su habilidad para generar consensos sin comprometer sus convicciones. En un Congreso atravesado por tensiones ideológicas, logró consolidarse como un interlocutor respetado por diversas fuerzas políticas, gracias a la solidez de su argumentación, su apego a la institucionalidad y su vocación pedagógica. Su discurso no apelaba a la imposición, sino a la persuasión ética, entendida como herramienta de construcción democrática. Esta postura le permitió promover iniciativas legislativas significativas en los ámbitos educativo, cultural y administrativo, consolidando una praxis parlamentaria que integraba rigurosidad técnica, compromiso ético y sensibilidad simbólica.

La continuidad entre la labor parlamentaria de Luis Herrera Campins y su posterior ejercicio presidencial resulta incuestionable. Muchas de las ideas que había formulado y defendido desde la tribuna legislativa encontraron concreción en políticas públicas durante su mandato. La creación del Museo de Arte Contemporáneo, la recuperación del patrimonio histórico, el impulso a la música popular y el fortalecimiento de la Fundación para la Cultura Popular constituyen expresiones institucionales de una visión cultural previamente articulada en el Congreso. Como lo afirma

Salazar (2015), la presidencia de Herrera Campins representó “la extensión ejecutiva de su pensamiento parlamentario” (p. 39), evidenciando una coherencia profunda entre discurso, acción y proyecto de país.

La vigencia del pensamiento parlamentario de Luis Herrera Campins se revela en la urgencia de reivindicar el Congreso como espacio de deliberación ética, formación ciudadana y construcción simbólica del poder. En un escenario marcado por la fragmentación institucional, la erosión de referentes morales y una profunda crisis de representación, su legado ofrece claves esenciales para imaginar una política sustentada en la palabra como acto fundante, en la cultura como constelación de referencias identitarias y en la ciudadanía como sujeto activo. Su praxis legislativa no fue circunstancial, sino estructural; no se limitó a lo técnico, sino que desplegó una dimensión simbólica profunda; no fue mera retórica, sino ejercicio pedagógico orientado a la transformación democrática.

Para concluir, Luis Herrera Campins no fue únicamente presidente, periodista y parlamentario: fue un arquitecto del pensamiento político venezolano, un arquitecto de símbolos, un pedagogo de la palabra pública. Su legado, articulado desde la escritura periodística y consolidada en la tribuna legislativa, constituye una de las expresiones más coherentes y fecundas de la política como ejercicio cultural, ético y educativo en el siglo XX venezolano. En él, la política no se reduce a la administración del poder, sino que se eleva como forma de cultura, como vocación espiritual y como narrativa fundacional de la ciudadanía.

Desde sus columnas periodísticas hasta sus intervenciones parlamentarias, Herrera Campins construyó un discurso que no solo interpretaba la coyuntura, sino que reconfiguraba el tiempo histórico, legitimaba proyectos desde la memoria y convocaba a la ciudadanía desde la ética compartida. Su praxis legislativa, lejos de ser técnica o circunstancial, se erigió como arquitectura simbólica: un espacio donde la palabra educa, persuade y funda nación. En un Congreso marcado por la pluralidad ideológica, supo construir consensos sin renunciar a sus principios, demostrando que el diálogo político puede ser también una forma de pedagogía republicana.

Hoy, en un contexto marcado por la fragmentación institucional, la crisis de representación y el vaciamiento del discurso público, el legado de Herrera Campins adquiere una vigencia renovada. No como modelo a imitar, sino como método a recuperar: pensar la política desde la palabra, desde la historia, desde la ética. Su voz escrita y parlamentaria nos recuerda que el periodismo puede ser arquitectura de nación, y que el discurso legislativo puede ser arquitectura

de ciudadanía. En tiempos de ruido, su silencio elocuente nos convoca a reconstruir el imaginario político desde la cultura, la memoria y la participación.

Para cerrar con la dignidad que exige el tema, y sin menoscabar matices, es justo reconocer que el legado intelectual de Luis Herrera Campíns; frecuentemente eclipsado por la impronta ejecutiva de su gestión; ha comenzado a recibir el lugar que le corresponde. Comprenderlo hoy no es solo una tarea académica: es un acto de reparación histórica y una invitación a concebir la política como vocación ética, como arte del diálogo, como manifestación de conciencia nacional.

Mucho antes de ocupar cargos públicos, Herrera Campíns fue periodista. Fundó *La Columna* en su natal Acarigua, y desde ese modesto espacio comenzó a esculpir su pensamiento político con una pluma que no se conformaba con denunciar, sino que aspiraba a educar. En una de sus primeras entregas escribió: “La política no puede ser solo administración de intereses; debe ser también cultivo de esperanzas” (*La Columna*, 1957). Esa frase, luminosa en su sencillez, condensa su visión: la política como pedagogía, como poesía cívica, como acto de amor por la nación.

Su estilo periodístico era agudo, pero jamás hiriente; inteligente, pero profundamente humano. En cada artículo latía una preocupación genuina por la justicia, la institucionalidad, la cultura y la identidad venezolana. No escribía para cosechar aplausos fugaces, sino para sembrar ideas perdurables. Su pluma sabía ser crítica sin perder la ternura, firme sin abandonar la equidad. El humor, lejos de ser adorno, era herramienta: una forma de suavizar tensiones, de decir verdades incómodas con elegancia y empatía. En medio de la confrontación ideológica, su ironía no buscaba humillar, sino esclarecer; no pretendía derrotar al adversario, sino invitarlo a reflexionar. Esa capacidad de entrelazar crítica con afecto, firmeza con cortesía, convirtió su palabra en un puente entre la solemnidad institucional y la sensibilidad ciudadana.

Fue en el Parlamento donde su verbo alcanzó su máxima expresión. Entre 1959 y 1978, protagonizó más de 260 intervenciones en el Congreso de la República, y cada una fue mucho más que un ejercicio retórico: fueron actos de profunda civilidad, lecciones vivas de democracia, celebraciones del debate como espacio de encuentro entre visiones distintas pero igualmente legítimas. No hablaba para imponerse, sino para construir entendimiento; no buscaba la victoria sobre el otro, sino la elevación del diálogo común. En tiempos propensos a la descalificación personal, Herrera eligió el camino más arduo y más noble: el de la argumentación respetuosa, la crítica con altura, la defensa apasionada de sus ideas sin renunciar jamás a la cortesía republicana.

Su oratoria no era instrumento de poder, sino manifestación de convicción ética. Cada discurso suyo estaba impregnado de claridad conceptual, sensibilidad histórica y vocación pedagógica. En sus intervenciones sobre el Centenario de la Federación, la Independencia, la Constitución de 1961 y otros momentos clave, se revela un hombre que entendía la historia como herramienta de construcción democrática, y el Parlamento como escenario de reconciliación entre la razón y la emoción. Como bien apunta Ramón Guillermo Aveledo: “Nunca violó las reglas ni desbordó los límites del respeto personal propio de convivir en democracia” (*Luis Herrera Campíns, vida parlamentaria*, UCAB, 2025).

Uno de los rasgos más singulares de su estilo fue el uso del humor como ética del poder. Herrera Campíns comprendía que la risa podía ser subversiva, que la ironía podía desarmar sin herir, que el humor podía humanizar el liderazgo. En sus discursos, el chiste no era evasión, sino revelación. Era una forma de acercarse al pueblo sin caer en la demagogia, de ejercer el poder sin arrogancia, de decir lo necesario sin perder la elegancia. Luis Ugalde, S.J., lo definió con precisión: “Fue voz elocuente del naciente socialcristianismo durante los veinte años de la refundación democrática venezolana” (*El Ucabista*, 2025).

Esa elocuencia no se trataba de una metáfora; era convicción, era afecto, era coraje. Convicción, porque cada palabra que pronunciaba llevaba consigo el peso de una idea profundamente meditada. Afecto, porque su lenguaje nunca perdió la delicadeza del respeto. Coraje, porque en tiempos de turbulencia, eligió la palabra como escudo y como espada.

Hoy, al revisar sus escritos, descubrimos no solo al político que fue, sino al pensador que permanece. Su periodismo, lejos de caducar, se vuelve más vigente en esta era de ruido y desinformación. Nos recuerda que la palabra, cuando se escribe con amor por la verdad y pasión por la justicia, puede ser un acto de resistencia, una forma de esperanza, una herramienta de construcción nacional. Necesitamos volver a esa palabra que no divide, sino que convoca. A ese pensamiento que no impone, sino que inspira. A ese verbo que no hiere, sino que ilumina. Porque Luis Herrera Campíns no solo gobernó: pensó, escribió, habló. Y lo hizo con la fuerza de la convicción, la delicadeza del afecto y el coraje de quien cree que la política, cuando se ejerce con amor, puede ser poesía.

Referencias Bibliográficas

- Aveledo, R. G. (2025). *Luis Herrera Campíns, vida parlamentaria*. UCAB; Fundación Konrad Adenauer.
- Álvarez, R. (2009). *Luis Herrera Campíns: el verbo como militancia*. Caracas: Fundación para la Cultura Democrática.
- Briceño, M. (2010). *Cultura y política en Venezuela: el caso de Luis Herrera Campíns*. *Revista de Estudios Culturales*, 8(2), 45–62.
- Castoriadis, C. (1987). *The Imaginary Institution of Society*. Cambridge: MIT Press.
- Herrera Campíns, L. (1962). *Discursos parlamentarios*. Caracas: Ediciones COPEI.
- Herrera Campíns, L. (1965). *La democracia como fe*. *El Debate*, 12(3), 3–6.
- Herrera Campíns, L. (1970). *Narrar la nación*. *El Debate*, 15(1), 12–14.
- La Columna. (1957, Marzo). *Archivo histórico*.
- Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y narración III: El tiempo narrado*. (C. Fernández Liria, Trad.). Siglo XXI Editores.
- Salazar, J. (2015). *La política como cultura: reflexiones sobre el pensamiento político venezolano*. Mérida: Universidad de Los Andes. 233 pp.

